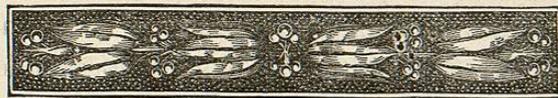


HOMILÍA

SOBRE LA PARÁBOLA DE LA ZIZAÑA, PREDICADA Á BORDO DEL VAPOR
«TAMESÍ,» FRENTE Á PÁNUCO, EL 27 DE FEBRERO DE 1876.



*Congregatae sunt ad eum turbae multae,
ita ut in naviculam ascendens sederet. Et
locutus est eis multa in parabolis.*

Se llegaron á El muchas gentes, por
manera que entrando en un barco se sen-
tó. Y les habló muchas cosas por pará-
bolas.

MAT. XIII, 2, 3.

TENÍA Jesucristo, según inferimos de la historia
Evangélica, una especial predilección hacia el
lago de Genezaret. De los pescadores que allí
tendían las redes escogió sus primeros discípulos; en las
poblaciones bañadas por sus olas, y en las colinas que
lo dominan, reveló los misterios más profundos de su
santo Evangelio; y en sus riberas, y en medio de sus
aguas, obró los primeros prodigios. Si bien recorría pre-
dicando todas las aldeas y campiñas, en la orilla del mar

de Tiberiades resonaba con frecuencia su divina palabra, y cuando la multitud era demasiado grande, subía á alguna barquilla para que mejor escucharan su voz las ávidas turbas. En esa flotante cátedra nos lo representa hoy el inspirado San Mateo, enseñando á la muchedumbre, que ya en otras barcas, ya en la ribera, permanecía pendiente de sus labios y sin perder una sílaba de su maravillosa predicación.

Era costumbre de los filósofos y oradores orientales proponer sus teorías en parábolas; y aun á uno de los tribunos romanos hallamos, en cierta azarosa ocasión, calmando con un apólogo á la agitada turba. Este medio sencillo se adaptaba al gusto de la época y de los lugares, á todas las edades, sexos y condiciones. Igual impresión hacía en el sabio que en el ignorante, en el malicioso escriba que en la piadosa mujercilla. Aun hoy día nos encanta ese estilo alegórico; y por más que llamemos pueblo *niño* al de Oriente, y juzguemos muy superiores al candor de aquel auditorio los conocimientos modernos, lo cierto es que leemos de buena gana las parábolas evangélicas, y acudimos apresurados á oír á los oradores que competentemente las explican.

Sentado Jesús en la barquilla que mecían blandamente las tranquilas aguas, propuso á las turbas en voz alta, y explicó en seguida familiarmente á sus discípulos la parábola del sembrador. En ella, como observa el Crisóstomo, habló el Señor de aquellos que cierran los oídos á la palabra de Dios; y en seguida, en la lección evangélica que acabáis de escuchar, tomó por tema á aquellos que prestan atención á falsas doctrinas. A semejanza de opulento magnate (diré con San Jerónimo)

que reúne en derredor de su mesa á ilustres convidados, y les va presentando variados y numerosos manjares, propinando diversos y exquisitos vinos, y ofreciendo sabrosísimas frutas traídas de lejanas comarcas, así Jesús propone primero una parábola, y después otra, y en seguida otras varias, á cual más instructivas, á cual más dulces, á cual más deleitosas. Gocémonos hoy, por tanto, en el delicado platillo, que en la parábola de la zizaña propone la Iglesia á nuestra consideración. Al volver de la barca á su humilde alojamiento, despidió el Señor á las turbas; y cuando á solas con él se vieron sus discípulos en el estrecho recinto, ansiosos de aprender, le dijeron: Señor, explícanos la parábola de la zizaña del campo; *edissere nobis parabolam zizaniarum agri*. Tal me parece que me decís vosotros con vuestro religioso silencio y sostenida atención, y es justo satisfacer vuestro deseo. Os daré, por tanto, las convenientes explicaciones generales, y en seguida haré la aplicación á nuestras peculiares circunstancias, y no aguardaré á poner los piés en tierra firme para disertar sobre la lección evangélica, sino que desde mi mismo buque, que he mandado atracar convenientemente con la proa hacia vosotros, tendré la satisfacción de predicaros.

No puedo negaros que esta rara coincidencia llena mi alma de inefable regocijo. Os dirijo la palabra desde mi nave, como Jesucristo en el lago: *docebat de navicula turbas*. En la multitud de fieles que miro frente á mí en esa amenísima ribera, se me figura ver á aquella muchedumbre que escuchaba en la orilla del mar de Tiberiades las dulces lecciones del Divino Maestro: *omnis turba circa mare super terram erat*. En derredor del altar

que acabo de erigir sobre el puente, están en respetuosa actitud los compañeros de mi apostolado, y no pocos de los que más se distinguen en vuestro pueblo por su piedad y posición, y han querido oír más de cerca á su Pastor. Entretanto, observo varios barcos de diversos portes á babor y estribor, empavesados todos y henchidos de piadosos fieles: *et aliæ naves erant cum illo*. ¡Quiera el Señor inspirarme, y armaros á vosotros de una paciencia igual á la que mostraron los que á Él lo seguían, y permanecían días y noches á la intemperie, sin dar las menores muestras de cansancio! No temáis vosotros que os detenga tantas horas. Seré brevísimo, y antes que el sol, que ahora apenas asoma en el horizonte, haya venido á enrojecer las ondas del río que me sostiene, habrán terminado sermón y sacrificio.

I

Es semejante el reino de los cielos á un hombre que ha sembrado buen grano en su heredad; pero mientras dormían sus dependientes vino su enemigo, sembró zizania en medio del trigo, y huyó desapercibido: *venit inimicus ejus, et superseminavit zizania in medio tritici et abiit*. Tal es el principio de la parábola, y se hace indispensable dar desde luego la necesaria interpretación. Dificiles son, en verdad, las Sagradas Escrituras, y como el Espíritu Santo nos asegura, no es tarea sencilla el estudiarlas y entenderlas. Prueba de ello son las variadísimas y encontradas interpretaciones que han dado á los más claros pasajes los que, abandonando la enseñanza de la Iglesia, han querido lanzarse á este piélago insondable, sin más brújula que su débil razón, sin otro norte que su ofuscada inteligencia. Pero cuando tenemos el Faro de la Iglesia que nos alumbre, la empresa se vuelve comparativamente fácil, y guiados por su luz indeficiente, estamos seguros de llegar á buen puerto. En el caso presente, no sólo tenemos abundantes textos de los más insignes Padres de Oriente y Occidente, si-

no que nos ha quedado consignada en las inspiradas páginas de San Mateo, la explicación auténtica dada por el mismo Hijo de Dios á sus discípulos. Caminamos, pues, sobre terreno firme, y seguros de no desviarnos un ápice.

“El que siembra la buena simiente (dijo Jesús) es el Hijo del Hombre; el campo es el mundo; el buen grano son los hijos del reino celeste, *fili regni*; la zizaña son los hijos de los malvados, *fili sunt nequam*; el enemigo que sembró la zizaña es el diablo; *inimicus autem qui seminavit ea est diabolus*.” Cuando Pedro, á nombre suyo propio y de sus colegas en el apostolado, confesó la divinidad de su Maestro, “Tú eres Cristo Hijo del Dios Vivo,” exclamó inspirado de lo alto; pero al hablar de sí propio el Verbo increado se titula el *Hijo del Hombre*. ¡Oh modestia admirable (dice San Remigio), oh ejemplo sublime de humildad, tan rara vez seguido por los mortales! Nosotros, viles gusanos de la tierra, nos llenamos de títulos, buscamos los nombres más altisonantes, exageramos nuestras cualidades, nos atribuimos dotes que no tenemos: imitemos á nuestro Redentor, que descendido del cielo é igual al Padre, se abaja hasta gloriarse tan sólo de su descendencia terrena; y aun esto de tal suerte, que aunque oriundo según la carne de los Reyes de Israel, parece querer confundirse con lo más bajo de la plebe. Otro fin se propone igualmente su divina sabiduría al designarse con este humilde nombre. Tiempo vendrá en que se levanten herejes que nieguen que es verdadero hombre, y de antemano quiere confundirlos y dar á sus escogidos una clave segura para refutar los especiosos argumentos de aquellos.

El mundo significado por el campo, es el mundo pre-

sente; este mundo de prueba, y esos hijos del Reino designados por el buen grano, son los varones justos y santos, los cristianos fieles y obedientes á la voz de sus Pastores, los que creen y adoran con fé sencilla y ponen en práctica las máximas del Evangelio. No necesita más comentarios esta interpretación del Señor, pero sí conviene que nos detengamos á examinar el modo con que el enemigo de las almas tiende sus asechanzas. Notad, ante todo, con el Crisóstomo, que antes que el error, viene siempre la verdad. Primero se siembra el buen grano; y cuando cansados del trabajo y no sospechando que el peligro está cerca, se entregan los criados al sueño, entonces es cuando viene el malvado en silencio y cautelosamente, á sembrar la zizaña entre el grano bueno que acaba de penetrar en las fértiles glebas. Así ha sucedido con todas las herejías y los cismas, con todos los errores y desvaríos: tal lo atestiguaba la experiencia de cuatro siglos cuando el gran Patriarca de Constantinopla explicaba en su lenguaje de oro estas palabras; tal lo comprueba la historia de las catorce centurias que han trascurrido desde que el gran Crisóstomo bajó al sepulcro. Si el demonio no ve algo que imitar, que falsificar, que remedar, nada inventa por sí; ni sueña en tender sus redes, si no es cuando espera obtener buena caza en los fieles ya congregados, imbuidos en la verdadera doctrina y diseminados por el mundo: *nisi enim diabolus viderit quid imitetur vel quibus insidietur non tentat*. A los verdaderos Profetas quisieron emular los falsos profetas enviados no por Dios sino por Belial. Predicaron los Apóstoles su doctrina, obraron milagros, dieron su vida por la Fé; no faltaron, empezando por

Simón Mago, contemporáneo de los primeros Enviados, quienes quisieran imitar su santa profesión y participar de su gloria, encubriendo su maldad con hipócritas apariencias, fingiendo obrar prodigios, afectando santidad, predicando perversas máximas, y aun en algunos casos llevando su obstinación hasta el grado de sacrificarse por el error. ¡Y es, en verdad, astuto el Padre de las mentiras! Notad que el *enemigo* del Evangelio no viene á sembrar otro grano, ni á plantar otras yerbas entre el trigo que se acaba de arrojar. Siembra zizaña, la cual, como observa el mismo Crisóstomo, se asemeja de tal manera al trigo, que no es posible distinguirla por de pronto; y aun el más experto agricultor no la descubre sino hasta que ha germinado, y crecido, y extendiéndose por todo el campo, fomentada, ¡oh dolor! por el mismo riego y los mismos cuidados que se prodigaban á la buena simiente, que se juzgaba era la única sembrada en la heredad.

Así sucede con la herejía, con los cismas y los errores: así acaece con los que los profesan, con esos *fili nequam*, significados por la zizaña. El sublime ascetismo y desprendimiento proclamado por la Iglesia de Cristo, su espíritu de caridad y beneficencia, su disciplina monástica, sus templos, sus ritos, sus altares, todo lo ha imitado Satanás en sus instituciones, y de esta manera muchos se han engañado en todos tiempos, y tienen hoy que llorar su irreparable caída. ¿Qué digo? No se ha contentado el enemigo con reproducir absurdos remedos del augustísimo Sacrificio que perpetúa el de la Cruz, de nuestros más venerandos sacramentos, de nuestros más sublimes estatutos, sino que, como observaba ya á

su tiempo San Cipriano, y yo os hacía notar há un instante, hasta el martirio cristiano se ha remedado.

¡Oh Dios, qué trabajo es vivir en el mundo! Con razón ya Job clamaba en su tribulación: *militia est vita hominis super terram*. ¡Qué campaña azarosa! ¡Cuán difícil es distinguir la verdad del error, la virtud del vicio, cuando queremos fiarnos de nuestro propio discernimiento, y rehusamos escuchar la voz autorizada de los que Dios ha puesto para enseñarnos! ¡Oh, guardémonos de falsas apariencias! Guardémonos de alucinaciones, no sea que vayamos á tomar por bueno lo que es malo, por blanco lo que es negro, por justicia lo que es crimen. En ello se juega nada menos que nuestra eterna salvación.

Y si difícil es discernir la zizaña del trigo, cuando se trata de entes abstractos como los que acabo de enumerar, sube de punto esta dificultad cuando se trata de nuestros semejantes, y queremos saber quién es bueno, y quién es malo, quién es justo, y quién pecador, quién es virtuoso, y quién es hipócrita. Y como el que profesa el error está en inmediato contacto con el verdadero creyente, el que pone en juego prácticas vedadas con el que practica nuestra adorable Religión, el que guarda los mandamientos con el que observa tan sólo una justicia aparente, y en realidad viola los preceptos divinos, de aquí es, que aún después de descubierta la zizaña, es imposible separarla del trigo. El astuto enemigo, mientras no conviene, calla y se retira sin hacer alarde inoportuno del daño que acaba de hacer: *superseminavit zizania in medio tritici et abiit*.

Antes de pasar adelante, detengámonos con San Agustín á investigar quiénes son estos *fili nequam*, esta zizaña